

estender los limites de la civilizacion. Montesquieu, como lo ha manifestado el sabio Sainte-Croix, ha exagerado la importancia de algunos de los establecimientos dejados por el vencedor de Arbellas en los países que recorria: por lo demas, bajo este punto de vista, desde el tiempo de sus reyes, Roma habia dado el ejemplo de consolidar y de nacionalizar las conquistas, estableciendo colonias. Sin duda, Alejandro mostró en muchas circunstancias, miras dignas del alumno de Aristóteles; sin duda habia aprendido en la escuela de tal maestro á generalizar sus ideas y á concebir leyes generales. Pero despues de la expedicion de las indias ¿qué podia hacer esperar la continuacion de su reinado, cuando el monarca no trataba de desembriagarse? Estoy tentado de creer que Alejandro murió muy á tiempo para la conservacion de su gloria. Cuales son por lo demas, considerados moralmente los actos dignos de elogio que se pretende encontrar en Alejandro? Acaso el que no hizo males: él, que se manifestó tan cruel con el noble defensor de Tiro, con sus mejores amigos; que fué generoso con la familia de Dario! He aquí su acto mas noble, y este es el testo acerca del cual no se agotan los elogios de los antiguos, repetidos hasta el fastidio por los modernos, y esta universal conformidad de la antigüedad, solo prueba, que debe lamentarse un orden social en que semejantes acciones se reputaban como el colmo de la virtud. Qué rey de la moderna Europa no veria como una injuria el que se convirtiese en objeto de alabanza el que no hubiera violado ni quitado la vida á algunas princesas á quienes las viscerisitudes de las armas hubieran hecho caer entre sus manos? Ya se deja ver á cuantos casos y caracteres podia aplicarse en la historia antigua este método de juzgarlo todo sin preocupacion ni prevencion, y con entera libertad para admirar ó menospreciar sin ningun comprobante. Pasando á la historia romana, el historiador encontrará las mismas preocupaciones que combatir. Ciertamente cuando la Grecia, diezmada y corrompida por la guerra del Peloponeso, es decir, por cerca de un siglo de guerras civiles, no presentaba mas que corrupcion y violencia: la república romana se distinguia por sus costumbres sencillas y sus verdaderas virtudes: la razon de esto fácilmente se descubre. El pueblo romano sometido á las leyes y bajo la clientela del senado, no pensaba entonces mas que en encontrar, en la agricultura una subsistencia frugal, en la guerra una noble y útil defensa contra sus vecinos celosos, dispuestos siempre á

violar los tratados, y sobre todo, la buena romana era lo que hacia entonces y aun despues un honroso contraste con la sutil griega, en una palabra, Roma sin lujo y sin comercio tenia virtudes, porque no conocia la pavia los vicios, que son el resultado de las riquezas. Pero ya los excesos de los decenviros y de los tribunos, la avaricia, el rigor y algunas veces el infame desenfreno en las costumbres de los acreedores para con sus deudores convertidos en sus esclavos, son rasgos que prueban que no todos los romanos eran Cicerones, Cursios, Camilos ó Fabricios. Mas se presentan importantes reflexiones acerca de los diversos periodos que señala la historia de las naciones.

V.

*Continuacion de las diversas edades de los pueblos.—Decadencia y ruina de Grecia.—Virilidad y vejez de Roma.*

Se ha dicho frecuentemente que los pueblos tienen como los individuos de la especie humana, su niñez, su juventud, su virilidad y decrepitud. Nada es mas esacto que esta consideracion que el historiador Floro esplanó primero con toda la pompa de un retórico, pero que no la concibió como filósofo. La niñez de las naciones presenta al historiador hechos, porque la cuna e la mayor parte de ellas esta rodeada de tan espesas tinieblas, que todos los esfuerzos de la critica no conseguirán nunca disiparlas. La juventud de los pueblos que se anuncia por algunas invenciones sencillas en las artes útiles, así como por heroicas proezas es muy semejante en todos los climas y en todos los siglos: sus anales, dados sobre tradiciones inciertas, no dejan de trever mas que algunos hechos aislados, ni nocer mas que a hombres todavía muy cercanos al estado natural, y cuyos vicios son francos, como sus virtudes sencillas. Así que, exceptuando el colorido local, veo pocas ó ménos en los cantos de los bardos célebres, reproducirse los mismos recuerdos, mismas pasiones, y casi los mismos hechos en los cantos del viejo Homero.

No es así en la virilidad de los pueblos, entonces es cuando cada nacion despliega el carácter que le es propio: el sello de la civilizacion marca para lo sucesivo con mil señales diversas á los hombres, quienes cada día se apartan mas de la sencillez primitiva de los primeros siglos. Las invenciones de una industria se aplicaba á las necesidades de la vida, y reemplazadas por las primeras investigaciones

del lujo. Los héroes y los cónsules no dejan ya el mando de los ejércitos para ir á conducir el arado; los reyes no usan ya mantos tejidos por mano de sus mugeres ó de sus hijas; y ya no mandan vender, para subsistir, las yerbas de sus jardines: el atractivo de las artes y de los placeres del espíritu comienzan á alucinar algunas existencias, cuyo bienestar material está para lo de adelante asegurado. A las indomables pasiones, á los sentimientos extremos que hacian obrar á una sociedad medio civilizada, han sucedido las virtudes sostenidas, los designios sábiamente combinados; pero tambien los vicios y las emociones perversas del alma, arreglándose y tomando la marcha de la sabiduría y de la virtud, ejercen destrozos mil veces mas crueles que los ímpetus pasajeros que distinguen á los personajes de los tiempos heroicos: entonces es cuando la política, armada con sus frios cálculos, viene á ser un arte profundo que muy frecuentemente corrompe las conciencias, confunde las ideas de honor y de moral, y desconoce el crimen para cometerlo. Entonces tambien las combinaciones de la guerra, erigida en ciencia, pueden ser superiores, por decirlo así, á la fuerza física del guerrero y su valor moral; el soldado no existe ya mas que para aumentar el número y obedecer; y el general puede frecuentemente, sin ninguna fatiga corporal y aun sin ningun peligro personal, ganar batallas y cosechar los laureles de la gloria. En este grado de existencia de los pueblos, la historia presenta un interés verdadero, pues que es fecunda en objetos de meditación. Tal es la Grecia en los tiempos de Themistocles y de Pericles. Tal es Roma, brillante por la gloria de Fabio Cuntator, de los Scipiones, de Flaminio y de Paulo Emilio. De entonces mas ya no carece de documentos el que quiere estudiar la historia. Los pueblos jóvenes aún, tienen, casi todos, los órganos dispuestos á las inspiraciones de la poesia; y producen entonces rápsodas, bardos ó trovadores, que conservan las tradiciones nacionales con los maravillosos colores de la fábula, y bastante exactos en la pintura de las costumbres, estos son los únicos historiadores populares de los tiempos heroicos. Unicamente en los pueblos avanzados ya en la carrera de los destinos políticos, es en donde se ven nacer graves escritores que buscan friamente la verdad de los hechos para transmitirla á la posteridad. El mismo grado de interés presenta la historia de las naciones en su vejez, pues que si es interesante saber como se forman las sociedades, no lo es menos el estudiar como se

destruyen. Una civilizacion fuerte, y me atrevo á decirlo, nueva, forma por sí sola los tiempos de gloria de una gran nacion, así como una civilizacion avanzada la sumerge en el abatimiento y en la anarquía: entonces el pueblo descontento de todo gobierno, no sabrá mas que tirarle cobardemente ó alborotarse sin objeto: entonces podrá encontrar la dicha en una paz vergonzosa, y que comprometa para siempre su dignidad nacional; entonces le será preciso hacer instituciones con pomposas palabras acerca de las cuales nadie estará de acuerdo; entonces, por último, del exceso del lujo nacerá el egoismo en todas las clases de la sociedad, y ponderará los progresos de su comercio, porque todo ha venido á ser venal; no creará ya ni en la religion, ni aun en los sistemas de los filósofos, pero la hipocresía ó la indiferencia se dividirán las conciencias, y los templos estarán llenos de hombres que, levantando los ojos al cielo no pensarán sino en los intereses de la tierra. Tales rasgos, sin duda, podria señalar el historiador en los últimos dias de Cartago, de Corinto, de las monarquias del Asia menor y de Egipto bajo los lagides, si el orgullo de los historiadores romanos se hubiese dignado informarnos del estado interior de los pueblos vencidos por las armas de sus conciudadanos. Sin embargo, en su defecto, encontramos muchos rasgos característicos de estos pueblos imbuidos en toda la corrupcion pagana, en Luciano, en Temisio, en los padres de la Iglesia, en los escolásticos y en algunos historiadores de la edad media; todos estos materiales están esparcidos, y el grande empeño del historiador, debe ser el reunirlos y emplearlos para formar de ellos un cuerpo de doctrina. Supongo que el historiador en su libro haya llegado á aquella época de la historia antigua en que el pueblo romano, cuya virilidad fué tan larga y sostenida, acaba por segunda vez de humillar á Cartago, y ansia la conquista de Grecia y Asia; entonces para hacer comprender la serie de los acontecimientos, tendrá necesidad de dar á conocer en un rápido resumen la feliz combinacion de la constitucion romana, cuya poderosa aristocracia se renueva y consolida incesantemente por la asociacion de todas las notabilidades populares, la sábia política de aquel senado, que todas las naciones han admirado, pero que ninguna ha podido igualar, y el excelente arreglo de los ejércitos de Roma, cuyos soldados jamas dejaban de ser ciudadanos; pintará aquellas virtudes privadas, compañeras de las públicas, que hacian al pueblo romano digno de tener el mejor gobierno.

no, la mejor política y los mejores soldados del universo. Pero después de la conquista del Oriente, Roma, vencedora de todos los pueblos, no tendrá ya más que vencerse á sí misma: esto es lo que Veleyo Patérculo ha espresado tan bien diciendo al comenzar su segundo libro. „El primer Scipion dió principio á la mas brillante carrera de la fortuna de los romanos, y el segundo á los vicios que debían arruinarlos.” Desde este instante, este pueblo, si merece aún nuestra admiración por sus talentos, va á horrorizarnos con sus excesos; en fin, para Roma el estado de decadencia, ó al menos de anarquía, en la cual va á caer, á datar del tiempo de Mario y de los Gracos, provendrá precisamente del exceso de sus fuerzas. Por el contrario Grecia, el exceso de debilidad, y la ausencia de toda energía, es lo que desde la jornada de Chersona, debe presentar ante los ojos del observador. La Grecia no puede ya resistir á los enemigos que violan su territorio: Macedonios, Sirios, Romanos, cualquier pueblo es bastante fuerte para conquistarla, y los griegos en lugar de oponer al extranjero sus armas, tan temibles en manos de sus antepasados, no saben ya más que componer arengas y votar decretos, cuyos términos lisongeros desarmen á sus conquistadores, quienes se encuentran subyugados á la vez. En efecto, si la patria de Leonidas y Aristides, no merece ya gloria, ella la distribuye: la magia de sus antiguos recuerdos, ejerce una influencia sobrenatural sobre las demás naciones, y este prestigio es el que en ella reemplaza á toda fuerza política y á toda consideración moral. Si, aun en medio de las mas tristes realidades todavía la Grecia reina por el poder de las fábulas; pues bien pueden llamarse así las ilusiones con que se engaña la vanidad de las naciones y los engaños de que se sirve la política unida á la debilidad. Sin embargo, cuando el historiador muestre la Acaya, próxima á ser provincia romana, tendrá que investigar un fenómeno que yo llamaria único, al menos en la historia antigua. ¿Por qué Roma victoriosa, y hasta entonces tan altiva en sus triunfos, se permite á sí misma cortejar á la Grecia vencida? ¿Por qué sus generales, sus cónsules y sus oradores, desdeñan las costumbres y la lengua de Italia, entrando todos á la competencia en la escuela de los griegos? Roma, que bajo los reyes, no había sido, por decirlo así, sino una colonia etrusca, casi va á convertirse en lo de adelante en una colonia griega; sus sabios no escribirán desde luego, sino en lengua griega; y en el idioma de Tucídides, es en el que Sylla y Lúculo compusieron sus memorias: Terencio

se considerará en el colmo de la gloria con proclamado un Semi-Menandro: y Virgilio será ya frecuentemente más que el feliz traductor de Homero: en una palabra, en cualquier género que sea, la literatura romana será sino un reflejo más ó menos exacto de la literatura de Atenas; y que títulos, políticamente hablando, tiene la Grecia á tan gloriosa imitación? humillada en sus relaciones con las demás naciones, ve á la anarquía reinar en sus florecientes ciudades, y si esta cesa un instante, es para hacer lugar al despotismo de un gefe extranjero. Aristion, tirano asalariado por Mitridates, oprime á Atenas; recibe de Roma el castigo de sus maldades, y al instante reemplazado por los publicanos de Roma, quienes quitan á la ciudad de Minerva sus estatuas, sus cuadros, sus vasos preciosos y su oro. ¿Qué que asombrosa metamorfosis los descendientes de los Temistocles, de los Timoteos y de los Alcibrias, no son sino los hombres más cobardes en el campo de batalla? ¿Por qué se encuentran entre ellos tantos filósofos y no un Sócrates, tantos oradores, y no un Demóstenes? ¿Qué digo? ellos no tienen ya ni aun para conducirlos al combate, algunos de aquellos demagogos, que como el presuntuoso Cleon, sabían menos sacrificar su persona. El historiador preguntará también: ¿por qué solo Esparta conservado alguna existencia política; pero que bien pronto va á perder? por qué la energía que animaba á los vencedores de Maratón, de Salamina, de Leuctres y de Mantinea, y que en vano se buscaria en lo sucesivo en Tebas, en Atenas, se ha vuelto á encontrar repentinamente en este rincón de la Grecia hasta entonces oscuro, que forma la liga aqueana? por qué este fuego sagrado de patriotismo, apagado en el corazón de los Atenienses, quienes se habían vuelto cobardes, charlatanes y voluptuosos, renace repentinamente en el seno de una población, cuyos padres podían, con razón desdeñar la inferioridad política y militar, y como de Arato y de Polifemo, entonces es cuando un nuevo Tucídides osará invocarlos y pedirá el secreto de la nueva existencia que disteis á vuestra patria. Arato, Polifemo, nombres hermosos! ¿Qué hombres, cuyas virtudes personales suplen las virtudes de que recibe su patria! Milciades; Aristides y Leonidas son sin duda caracteres muy puros; pero sus virtudes eran de su siglo, parecían fáciles y fáciles y eran habituales: no así las de los héroes aqueos; que eran exclusivamente suyos, pues que formaban la excepción de los vicios de sus contemporáneos, y de ello se avergüenza

ba su siglo. Cuán fecunda es también en sorprendentes lecciones, y aun en felices semejanzas, la vida de estos dos grandes hombres, de los cuales, uno pereció víctima de la pérfida amistad de los reyes, y el otro de la ingratitude de la democracia.—Dueña del mundo occidental, Roma llega á la época en que, según la bella espresion de Montesquieu, „el universo entero estaba ocupado en saciar la dicha de cinco ó seis monstruos.” Tal es la vejez de Roma, vejez fuerte y largo tiempo lozana. Con Roma caerá el antiguo mundo, la idolatría, la religion de la materia: en su lugar llegarán veinte naciones bárbaras, pero jóvenes y llenas de esperanza en el porvenir. Una religion divina, con su cruz, signo de manumisión y de victoria, reemplazará el antiguo culto del capitolio: después en los fecundos designios del Criador, se levantará del seno de la barbarie un estado social mejor que todo lo que habia podido presentir y figurarse la filosofía humana.

VI.

*Edad media.—Consideraciones históricas acerca de la cuestion de los gobiernos.*

Al desmembrarse el imperio romano de occidente, comienza un nuevo órden de cosas, y esto es lo que se llama *historia de la edad media*, „historia bárbara de pueblos bárbaros, que, aunque convertidos en cristianos, no por eso fueron mejores.” (Voltaire.) ¿Y qué, esta sentencia carece de apelacion? ¿La edad media, que se ha convenido en prorogar hasta la toma de Constantinopla por Mahomet II, es una época tan constantemente degradante para la humanidad? Le basta al que quiera convencerse de que durante este periodo, la inteligencia humana no ha dormitado, y de que se ha hecho alguna cosa para la dicha de los hombres, recordar el reinado de Teodorico en Italia, el de Justiniano en Bizancio; el brillo del reino Franco bajo Dagoberto; las conquistas y súbita civilizacion de los Arabes, secuaces de Mahomet; las capitulares de Carlo Magno, los felices esfuerzos de Alfredo el Grande; el poder y la gloria del primer imperio de Rusia; la importancia de la doble corona imperial y real; bajo la casa de Suabia; la riqueza y actividad de las repúblicas de Italia y del Norte, los tiempos de Luis el Gorro y de Felipe Augusto, las Cruzadas con su heroísmo y sus inmensos resultados, los concilios con sus cánones de tan alto interés moral y político, la célebre constitucion feudal y militar establecida por los cristianos en Jerusalem, (cassises de Jerusalem), el renacimiento del derecho romano, la formación de los comunes,

los establecimientos de San Luis, las ordenanzas de los reyes de Francia, etc., sin hablar de las obras maestras de arquitectura religiosa, y de tantas invenciones útiles, desde la del papel de trapo y de la pólvora, hasta la imprenta, y sobre todo, en fin, el establecimiento tan sabiamente combinado de la Iglesia Romana: citaría aun la mezcla, la conservación y la manera insensible de irse borrando las razas que han contribuido, cada una por su parte, á la ruina del imperio romano, y cuyos rasgos más ó menos pronunciados, se encuentran aun hoy en el seno de las poblaciones modernas: semejantes á las corrientes del Ródano que atraviesan las aguas del lago Lemán sin confundirse con ellas. Un filósofo del siglo XVIII y aun del nuestro, tendria sin duda gran ingenio para condenar la barbarie del XII, pero se mostraria tan limitado en sus miras, como algun monge cronista de aquel tiempo, si antes de condenar, como déspotas astutos, feroces, bandidos ó bribones hipócritas, á los reyes, los guerreros y los pontífices de la edad media, no daba conocimiento de su siglo. Tal acto nos parece hoy monstruoso, y acaso nuestros groseros abuelos lo miraban como una accion comun y tal vez apreciable en la vida. Los hombres, á mi parecer, no nacen ni más ni menos malos en un tiempo que en otro: únicamente pueden venir á ser más ilustrados; pero sus luces son como una arma de dos filos que les enseña á refinar sus vicios, y aun á erigirlos en virtudes á fuerza de ingenio. En cuanto á las virtudes reales, como ellas nacen del corazón, nunca cambian de naturaleza, y acaso con las luces vienen á ser más francas. Uno de los escritores más antiguos del siglo último, ha desarrollado ya esta verdad: „Mucha ignorancia, dice Marivaux en sus reflexiones sobre los hombres, les da costumbres bárbaras; la mucha experiencia los vuelve hábiles malvados; porque los hombres mientras más iniquidades de corazón, conocen por la sagacidad de su ingenio, más crímenes cometen. En vano esta misma sagacidad les enseña nuevas virtudes, ellos se contentan con saberlas y no las practican; pero en cuanto á los crímenes, desdichada de aquella asociacion en que haya bastante ingenio y experiencia, para saber de cuantos modos sagaces, secretos é impunes se puede carecer de honor, de justicia y de virtud.” En ciertas historias filosóficas era admitido acusar á un gobierno para conceder la aprobacion exclusiva á otro, pero semejante marcha no puede conducir jamás á la verdad: así como á las grandes naciones les toca alguna vez ocupar el

primer lugar en el teatro del universo: lo mismo se ve á cada forma de gobierno, predominar sucesivamente: en la antigüedad Grecia y Roma han debido muchos siglos de gloria á las diversas combinaciones del sistema democrático. Cuando Roma llegó á ser la metrópoli del mundo romano, llamaba á un solo hombre á regir el universo. Despues de la destruccion del imperio en Italia, constituyan el estado social de la Europa las monarquías militares, y este despotismo del sable, apoyado en inmensas conquistas territoriales, dió origen al regimen feudal, forma de gobierno mas sabiamente combinada de lo que comunmente se creó, y que cuando se examina profundamente, como lo han hecho Mably, el historiador inglés Gillées M. Savigni, M. Guizot y algunos otros, se asemeja mucho á la constitucion de Lacedemonia y á la de Macedonia antes de Filipo. En punto á constituciones, acaso seria muy prudente no admitir ni condenar á ninguna, sino relativamente. Una forma de gobierno en un siglo conviene á un pueblo, que en otro tiempo y en otra nacion no podria ser admitida. Pero qué cosa nos proporciona el medio de juzgar de la conveniencia ó de la oportunidad de tal gobierno? Su estabilidad, su duracion: porque ciertamente un gobierno nuevo no puede ser nunca apreciado, en razon á que no ha sufrido la prueba decisiva del tiempo, que hace ó deshace hasta á las revoluciones; es así que, si el feudalismo se estableció y reinó por espacio de algunos siglos en toda Europa, reconozcamos que este sistema era entónces el único gobierno conveniente y posible, considerado el estado de las costumbres, de las ideas y de la inteligencia humana. Viene despues la época en que el feudalismo comienza á perder toda su virtud, toda su fuerza moral, porque habia perdido su oportunidad, y así venia á ser un instrumento de poder inútil, el cual era preciso reemplazar con un orden de cosas apropiado á los progresos lentos, pero reales del estado social de la Europa. Este instrumento se ha encontrado casi en todas partes, y espontáneamente en el poder de los reyes, ligados con el interés de los pueblos para acabar de arruinar y de disolver las ligas feudales, cuyos esfuerzos en sentido inverso de la marcha del tiempo, no eran mas que un obstáculo al bien y á las nuevas ventajas de que iba á gozar el género humano, libertado de la servidumbre del terrazgo. Desde este instante llegó su vez al gobierno puramente monárquico: templado con las ideas de honor y de conveniencia, que eran entónces y que aun hoy

ejercen un poder real, ha dado algunos siglos de gloria á todas las monarquías de Europa. Durante este feliz intervalo para la humanidad, ha sido cuando la industria, las artes y comercio han tomado su vuelo; cuando la religion cristiana ha sido mejor comprendida, su espíritu y mejor arreglada en su disciplina cuando la iglesia se ha encerrado en la iglesia cuando la opinion pública se ha formado cuando el derecho de la guerra se ha limitado. En vista de todos estos resultados, se negarán sin duda los beneficios que la Europa debe á la monarquía. Pero asi mismo como nada queda estacionario en la tierra, la sombra de este nuevo orden de cosas, el pueblo con quien hacia tantos siglos no se ha contado para nada entre los poderes de la ciudad, súbitamente ha emprendido su carrera y ha venido á ser repentinamente un poder en el estado, y como tal se ha mostrado vasor: de aquí la necesidad de los principes satisfacer á nuevas exigencias; de aquí la necesidad de constituciones bien definidas, virtud de las cuales, el pueblo, libre en creencias, en sus propiedades y en su industria, es llamado á tratar de igual á igual con demas poderes de la sociedad. Con esta tension de ideas y con esta libertad de opinion, es con la que un hombre que pretende historiador, debe considerar los siglos y instituciones humanas; pero querer traer épocas de la historia al nivel del tiempo presente, tomar la opinion de hoy que no es ciertamente la de mañana, por terminada comparacion con un orden de cosas y un estado social distante cinco ó seis siglos, juzgar los hombres groseros de la edad media con los refinados diplomáticos del siglo actual, reducir la historia, desconocer el primer deber, que es la imparcialidad, y transformarla en sátira. La independencia de doctrinas no se encuentra ni en las temeridades del espíritu de incredulidad y de oposicion ni en las condescendencias de una pluma vil. La verdad no enarbola ninguna bandera y sin eclecticismo no hay ni verdadera historia ni verdadera filosofia.

VII.

*Historia moderna.*

„La grande utilidad de la historia moderna dice Voltaire, y la ventaja que tiene sobre la antigua, es que enseña á todos los potentados que desde el siglo XV, todos se han reunido á contener á cualquiera que ha parecido demasiado preponderante. Este sistema de equilibrio

siempre fué desconocido de los antiguos: y esta es la razon del buen éxito del pueblo romano, que formando una milicia superior á la de los demas pueblos, los subyugó sucesivamente desde el Tiber hasta el Eufrates.» Me asombra á la verdad oír decir al juicioso Heeren, al principio de su *Manual historial*, que la historia moderna no se separa de la historia de la edad media, por ninguno de aquellos hechos extraordinarios que constituyen épocas generales. ¿Pues que no es un acontecimiento demasiado notable la caída del antiguo imperio de Constantinopla? qué no lo es el nacimiento de ese sistema de equilibrio entre los diversos estados de Europa? qué dejan de serlo los cambios efectuados hácia esta época en las costumbres, en las opiniones, en los intereses y en la politica, á consecuencia del descubrimiento de América y del paso á las Indias orientales? Medio siglo despues vendrá la reforma que tendrá por resultado el derribar en parte el antiguo sistema de Gregorio VII, sin detener los progresos de la civilizacion, debidos casi exclusivamente durante la edad media á la influencia del sacerdocio católico. Los grandes estados formados por la sucesiva reunion de los feudos, con tendencias de absorberse á los pequeños, ya sea por la conquista, ya por los matrimonios: pero esta tendencia á la unidad absoluta, es detenida por el sistema de equilibrio que se desarrolla y regulariza en medio de las guerras de Italia: lucha inútil y funesta para la Francia como potencia politica, pero que debe contribuir á esparcir en ella la afición á las artes y á las letras. Los descubrimientos marítimos proporcionaron á la Europa la conquista del resto del mundo; el interés religioso que en la edad media dominaba toda la politica, no será verdaderamente poderoso, sino durante el ardor de las guerras de la reforma; y una vez restablecida en Europa la paz religiosa, todo lo absorberá el interés comercial. Desde el siglo XV hasta el XVIII el solio victorioso por todas partes del feudalismo, llegará, por decirlo así, á su apogeo. Qué espectáculo el de Carlos VII y Luis XI, ambos luchando con igual fortuna, aunque de diverso modo contra la hidra feudal! Qué monarcas tan fuertes y espléndidos, un Carlos V, un Francisco II! Las instituciones liberales de la edad media son destruidas, ó violadas, ó enteramente olvidadas en España y en Francia; y solo en el imperio se sostienen á la sombra del sistema electoral; y no obstante el luteranismo, que sirve maravillosamente al poder de

los principes, en los electorados de Alemania, contribuye tanto como la politica francesa y los turcos á oponer una barrera al poder colosal de la casa de Austria. La paz de Ausburgo en 1555, da al luteranismo una existencia legal en el imperio. El calvinismo, sistema enteramente republicano, turba á la Francia y se enseñorea en las repúblicas Helvética y Holandesa. La Inglaterra despedazada durante medio siglo por la querrela de las dos rosas, descansa bajo el cetro de fierro de los Tudors, quienes hacen en ella bajo el nombre de alta iglesia, una reforma que no es ni la de Lutero ni la de Calvino. El parlamento tan docil, bajo un Enrique VIII y bajo una Isabel, se subleva contra los Estuardos, y el virtuoso Carlos I, dejando en el cadalso su cabeza encanecida antes de tiempo; el egoísta y mustio Carlos II muriendo en paz sobre el trono; el piadoso y obstinado Jacobo II, yendo á acabar sus dias en un destierro, parece tanto por sus desgracias como por sus dias de prosperidad, que predicen el trágico y malhadado destino de los Borbones, quienes tienen ademas tan notables rasgos de semejanza con los Estuardos. La union de Calmar, que reúne las tres coronas del Norte, es disuelta por la Suecia despues de mas de un siglo de esfuerzos; la Rusia se liberta de los Mongoles; la Polonia es hasta mediados del siglo XVI la potencia preponderante del Norte. La guerra de treinta años marca la última lucha de la reforma contra la casa de Austria, y el tratado de Westfalia que la termina en 1648, es para el calvinismo lo que un siglo ántes (1555) la paz de Ausburgo fué para el luteranismo. El Norte y el Mediodia de la Europa no son ya en lo de adelante dos mundos separados, la Suecia interviene de una manera positiva en los negocios del Occidente, y bien pronto llegará su vez á la Rusia. Quince años despues del tratado de Westfalia, la paz de los Pirineos reconcilia á la Francia con la España, (1663) y aquí comienza en realidad el reinado de ese gran rey, cuya gloria llena el mundo, y se une á la edad mas gloriosa de la literatura francesa: época rica, inagotable, acerca de la cual Voltaire, Lemontey y tantos otros no habian dicho todo lo que acaba de explorar bajo nuevos puntos de vista, Mr. de Capestigne, ingenio de primer orden, á quien ya debiamos documentos y consideraciones sobre los tiempos de Felipe Augusto y de la Liga. Todas las ideas de orden, de civilizacion y de bienestar para las poblaciones, emanan del gobierno de Luis XIV, á quien todos los reyes

dé Europa temen y odian, pero á pesar de todo le imitan en sus mejoras administrativas y militares. Envegece él, pero su ambicion siempre jóven, imponiendo á la Francia la desastrosa guerra de sucesion, procura á la casa de Borbon el trono de España, y bajo el reinado siguiente la corona de las Dos-Sicilias; mas la caida de los Estuardos y la elevacion de Guillermo de Orange al trono de Inglaterra, hacen á las afecciones, al orgullo y al poder de Luis XIV un cruel contrapeso para la elevacion de su familia. A su muerte, la regencia hábil y depravadora de Felipe de Orleans acaba de corromper á la corte, á los literatos y á cuanto se acerca á los grandes. La elevacion de los reinos nuevos de Prusia y de Cerdeña, marca los primeros años del siglo XVIII. La Prusia se enriquece, así como la Holanda y la Inglaterra con los capitales y la industriosa poblacion que ha lanzado de Francia la revocacion del edicto de Nantes. La Prusia que se engrandece bajo Federico II, como la Rusia se elevó bajo Pedro el Grande, debe ser con la Inglaterra el árbitro de la Europa, mientras que la Francia se debilita bajo el inerte Luis XV, y hasta fines del siglo XVIII, y sobre todo, á principios del XIX no será cuando la Rusia lograra este grado de poder que hoy amenaza á la Europa y á la Asia. La Polonia, víctima de la anarquía y objeto de dos vergonzosas reparticiones, es absorbida por la Rusia, la Prusia y el Austria; la Suecia es humillada, la Turquía despojada, la Dinamarca apaciblemente gobernada por reyes paternales y déspotas, apénas es contada entre las potencias, y la Inglaterra ha sabido mantener en el continente, el equilibrio entre el Austria y la Francia, con provecho de la Prusia, cuya elevacion conviene á su política; pero la misma Inglaterra quebrantará este equilibrio con provecho suyo, tanto en el mar como en las colonias; y á pesar de perder las mas hermosas que posee en el Occidente, para lo cual no deja de cooperar la Francia, ella funda en el Oriente un imperio mas basto que el de Alejandro y de los Mongoles, y permanece la señora de los mares, en tanto que la Francia y la España han perdido su marina y sus colonias. Pero se trata ya en las antiguas monarquías de Europa de marina, de colonias y de equilibrio, porque la palabra mágica de libertad ha libertado á los mares y conmovido el trono del único rey que en Europa se atreve á sostener la insurreccion americana. La revolucion francesa comienza y todo lo cambia, todo lo derriba, todo lo abisma. Luis XVI, Maria Antonieta, el Duque de

Orleans, Danton, los girondinos, Robespierre, los montañeses, los nobles, los generales, sacerdotes, los artesanos, todas las clases, todas las opiniones, todos los estados; la virtud, el talento, el crimen, la riqueza, la pobreza, todo en fin, se nivela en la guillotina, todo arrebatado por el torrente revolucionario; Europa en su estupor y espanto, no reconoce á la Francia sino en el heroismo de sus ejércitos. Sin embargo, en medio de tantas males, brillan en el interior acciones desinteresadas y virtudes dignas de los mas bellos de Grecia y Roma. Sometida muy frecuentemente á la fatalidad del crimen, la convencion se presenta algunas veces grande, y los venes guerreros son mejores que los héroes de Homero; pues vistos de cerca es cuando aparecen gigantes. En fin, la imaginacion popular tambien mostrar sus nobles cortesanos en proscripcion y en la desgracia. Al fin la tormenta revolucionaria amenazante aún, ya ménos terrible: el directorio, pálida imagen de un gobierno regular, es el resultado y la esperanza del cansancio de las facciones. Sin asistencia, sin plan, sin talento, estos reyes un día tienen tambien sus cortesanos y sus favoritos; y aunque poco temidos son bastante apreciados. Bonaparte aparece, el director ya no existe. Bonaparte es cónsul, bien pronto emperador, y en ménos de diez años ha sido sucesivamente renovado á Clodoveo, á Carlomagno y á Luis XIV. Como Clodoveo se llama el hijo primogénito de la iglesia, como Carlomagno ciñe la doble corona de emperador y de rey, es legislador, protector de las letras y conquistador; como Luis XIV, y más graciadamente como Luis XVI toma una esposa de la casa de Austria, como el gran emperador quiere que su familia reine en España, quiere que su familia reine en España, quiere que reine en todas partes. Los reyes de Europa se levantan contra él, despues de haberlo adorado como un Dios: cae y con él sus hermanos, los pequeños reyes; cae, y todos los tronos vacilan; los pueblos que han ayudado á sus príncipes arrojan al usurpador, segun se le llamaba, despues quieren que sus príncipes les den funciones en cambio de tanta sangre derramada por su causa. Aquí como siempre la Francia que ha recobrado á sus antiguos Borbones la norma á la Europa, y la restauracion de Luis XVIII abre una era muy pacífica de conquistas y de concesiones constitucionales. Luis XVIII se muestra fiel á la carta que ha dado: gobierna en paz y respetado. La historia dirá por

fatalidad el buen Carlos X, cual otro Jacobo II, perdió piadosamente su reino. Dios le devuelve una corona en un mundo mejor! Cuando Napoleon cayó, todas las armas de la Europa campeaban en Francia: cuando Carlos X partió de Saint-Clud, la Europa se mantiene pacífica; sus monarcas vieron pasar al rey que se iba y esperaron. En Neuilly se encontraba un Borbon, hombre sabio y prudente; en su juventud valiente capitán, despues emigrado, proscrito en ambos campos, luego feliz esposo de una alteza real, buen padre de familia, despues comprendido como príncipe en la restauracion, y luego convertido en alteza real por Carlos X, se le ofreció la corona caída en la revuelta, él no la rehusa y es proclamado por los diputados, nadie se opone á ello y la Europa tambien deja obrar. Solo la Bélgica y la Polonia se conmueven. El rey de Holanda pierde la mitad de sus pequeños estados; y Leopoldo de Sajonia Coburgo, nombrado rey en el escrutinio, vino á ser yerno de Luis Felipe. Sabe Dios lo que vino á ser de la desgraciada Polonia, agobiada por el Coloso Ruso! Desde entónces, al través de los tumultos, á despecho de las conspiraciones, de las máquinas infernales, de las temerarias empresas de los Vendeanos y Bonapartistas, el trono de Luis Felipe se ha afirmado y consolidado, así como los árboles anudados que crecen y se fortifican en medio de las tempestades. Por una parte, Amberes batida, Amóna quitada, Argel conservado, no sin gloria, luego las antiguas rivalidades de Francia é Inglaterra, confundidas en un interés comun de libertad y de equilibrio europeo; por otro la llaga fresca de la España; el torpe rasguño de la Suiza, y la iniciativa del derramamiento de sangre por la policía en los tumultos de las calles; hé aquí hechos y resultados dignos de toda la atencion del historiador, y lo que no lo es ménos, el ver entre los hombres de la revolucion á los mas sabios y hábiles hacer hoy todos sus esfuerzos para encadenar á su madre, que hija del tiempo, siempre como Saturno, desde 1789 ha devorado á sus hijos.

VIII.

*Del fatalismo aplicado á la historia de la revolucion de Francia.—MM. Lacretelle, Mignet, Thiers.*

Así es que á pesar mio, me encuentro conducido á esta idea del fatalismo en la historia, que anuncié en las primeras páginas de mi escrito. En efecto, cuando un historiador comienza para lo que era la Europa en 1774, cuando el

advenimiento de Luis XVI, á lo que es hoy, ¿no se verá tentado de reconocer que una ciega fatalidad preside á los destinos humanos? Para no hablar sino de los acontecimientos que han pasado de medio siglo acá, que se me diga qué rey fué mas popular que Luis XVI en tiempo de la guerra de América, y cuando en 1789 se pronunció con su hermano Luis XVIII por la doble representacion del tercer estamento? Y no obstante, tres años despues!... Qué á la fatalidad, á la Providencia será á lo que atribuya la historia el inmenso poder de Robespierre, tribuno sin talento, sin exterior y sin valor, déspota sin tesoro y sin ejércitos? Y toda la historia de Napoleon no parece sometida al imperio de la fatalidad! La fatalidad hace cincuenta años ¿no persigue sobre todos los tronos á la augusta casa de Borbon, como entre los griegos persiguió á la raza de Pélope y á la de Layo, como en Inglaterra ha perseguido á la de los Estuardos? Ocho dias mediaron apénas entre el *Te Deum* de Argel y la tormenta de julio de 1830! Si, no debemos asombrarnos de que Herodoto, tan profundamente penetrado de las tradiciones religiosas de su patria, haya marcado su historia con esta sombría doctrina, que hace tan profundamente patéticos los dramas de los trágicos griegos. Este dogma de la fatalidad se encuentra en todas las religiones antiguas, y á la ley del destino es á la que los dioses de la Grecia no podian sustraerse: este es el porvenir de gloria y de duracion, que los oráculos de Júpiter Lacial prometian al pueblo del capitolio, á los habitantes de las siete colonias. Esta doctrina se revela tambien en el Génesis y en nuestros libros sagrados, donde se llama *predestinacion*. En vano la razon se subleva. „Toca por ventura al vaso de barro, dice San Pablo, levantar la voz contra el alfarero?“

Por lo demas, considerando filosóficamente este dogma, es el mismo que el de la necesidad, que escluye la libertad del hombre y todo lo que es arbitrario; que sujeta al universo á leyes invariables, sin las cuales no podria subsistir; y desgraciadamente se puede abusar de esta doctrina con detrimento de la moral. Tambien á los historiadores de la escuela fatalista está impuesta esa gravedad austera que nace de una profunda conviccion, y que nunca se expresa ligeramente acerca de las grandes verdades que forman la base del orden social, y este temor es el que ha conducido á muchos filósofos á proscibir esta escuela: así lo hace M. de Chateaubriand en su elocuente introduc-